

neral de su raza y de las tribus árabes sus vecinas, se confunde con el «Padre Orkham» de Ovidio<sup>1</sup>, rey de la ciudad de Ur en Caldea. Se hizo famoso en todo el mundo babilónico porque las narraciones tradicionales le identificaban con un gran reformador que suprimió los sacrificios humanos. Decíase de él que había prohibido a los padres matar a sus hijos, descuartizarlos ante los dioses, y que les había ordenado reemplazar la carne humana por la de cabrito. Esta parte de la leyenda está reproducida en la Biblia por la relación bien conocida del «Sacrificio de Abraham», en que se ve al ángel del Señor detener el brazo levantado del padre y una cabra ocupar sobre el altar el lugar del efebo Isaac. Pero ahí cesan las analogías: el Abraham hebreo no es un rey sedentario, un semidiós de vestidura talar sentado majestuosamente sobre un trono, sino un jefe de nómadas que recorre las llanuras al oriente del alto Eufrates, y dispone de un verdadero ejército de servidores y que entregaba al pasto de sus bueyes, sus ovejas y sus cabras todo un extenso territorio. Poseía también asnos para la montura, camellos como para la carga, mas no parece haber utilizado el caballo, que era todavía en aquella época un animal de lujo reservado a los reyes para el ardor de las batallas y la majestad de su triunfo.

Según la leyenda bíblica, Abraham, escogido como el gran representante de la raza entera, habitaba la comarca de Harán. Los Hebreos habían vivido mucho tiempo, pues, sobre esos montes situados ante el Taurus armenio, entremezclados de llanuras bien regadas donde serpentean varios afluentes del Eufrates. Pero, desbordándose de ese país donde eran demasiado numerosos para la extensión de sus pastos, y sufriendo probablemente el empuje de los pueblos del Norte, pasaron el Eufrates, de donde viene acaso su nombre de Ibrim, las gentes del otro lado, los Trans-Eufráticos, después se esparcieron hacia el Sud en la dirección de Palmira y de Damasco, expulsando a los primeros ocupantes allí donde fueron más fuertes, o siendo rechazados donde tenían que luchar con otros más poderosos que ellos, o bien tratando de acomodarse del mejor modo con sus vecinos. Frecuentemente,

<sup>1</sup> Metamorfosis, IV, p. 212.



Cl. Bonfils

#### EL JORDÁN Y SUS ORILLAS

De una fotografía.

durante los años de sequía, hubieron de abandonar las regiones de entre Eufrates y Jordán y presentarse a pueblos sólidamente establecidos, pidiéndoles un girón de tierra donde se instalaban hasta que pasaba el período de la escasez. Así nos dice la Biblia que se dirigieron a los Héteos, quienes, venidos también del Norte, habían colonizado las inmediaciones de Hebrón, en Canaán, donde recibieron un asilo temporal en el distrito de Bercheba. Después se volvieron hacia el poderoso rey de Egipto, que les acogió también con benevolencia y les asignó las tierras de Gochen en la proximidad del istmo, pero al Occidente, y ya en la zona de irrigación nilótica. Acantonados en esas regiones fértiles, sobre los confines de «prados salados» y de los aluviones grasos del Nilo, los Israelitas inmigrados se encontraron en un nuevo círculo de atracción y debieron evidentemente cambiar de costumbres, de civilización y añadir un nuevo fondo religioso al que habían recibido de los países babilónicos.

Ionios, de la comarca de Harán y de las tribus del desierto. Aprendieron sobre todo a conducir el arado, progreso inestimable que les elevó un grado en la jerarquía de las naciones.

Pero ese progreso les costó muy caro, porque los Hebreos, recibidos al principio como huéspedes, nos dice la leyenda, fueron pronto utilizados como vasallos y después oprimidos como esclavos. Se les hizo construir ciudades, pero para sus amos; cavar canales, elevar diques, regar jardines y campos, mas para cultivar las plantas alimenticias de sus dominadores. Verdad es que en sus narraciones trataron los Israelitas de realzar esta época de sufrimiento concediendo un prestigio preponderante a algunos de los suyos: al principio, José aparece como el gran usurero que enseñó a los faraones el arte de esclavizar un pueblo por el monopolio de los trigos; al fin del cautiverio, otro hebreo, Moisés, obró sobre todo como gran mágico; gracias a sus artificios, el pueblo, cargado con todos los tesoros de los Egipcios, pudo franquear el mar Rojo, perseguido por un ejército que detrás de él, pereció sumergido en las olas.

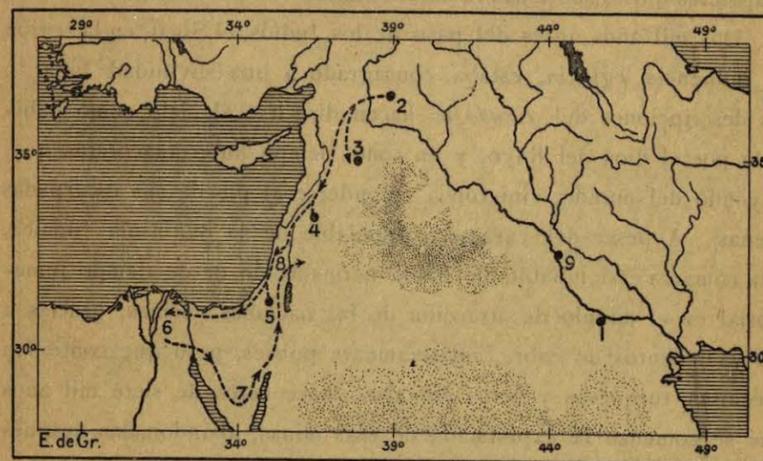
Es evidente que las leyendas relativas a este período, no pueden contener más que una mínima parte de la verdad, porque presentan un caos de contradicciones. Según tal versículo de la Biblia, el tiempo de la estancia de los Hebreos en Egipto, habría durado cuatro generaciones; según otro, más de cuatro siglos. Un pasaje nos dice que los Hebreos refugiados en Egipto comprendían la sola familia de Jacob<sup>1</sup>, pero es imposible que ese grupo único hubiera podido suministrar por su descendencia el prodigioso ejército de que nos habla el censo de *Hexateuco*<sup>2</sup>: a pesar de la opresión, de la matanza de los recién nacidos varones por los Egipcios y las enfermedades de toda clase, los nietos de Jacob, cayendo como nube de langosta sobre las arenas del desierto, llegaron al número de más de seiscientos mil individuos armados, lo que, con las mujeres y los hijos, representaría, a lo menos, dos millones de seres humanos.

Como quiera que sea, el hecho principal subsiste:—antes de presentarse en esta «Tierra Prometida» que decían ellos haberles sido especialmente reservada, y, que, después, gracias a su larga

<sup>1</sup> Génesis, cap. XLVII.  
<sup>2</sup> Números, cap. I, ver. 46.

estancia se convirtió en la «Tierra Santa» — los Hebreos tuvieron que sufrir las influencias más diversas en medios muy diferentes por la Naturaleza y sus habitantes; habían vivido sobre todo el contorno del desierto, que, desde la Arabia se prolonga hacia las montañas del Asia Menor, al Este en la Babilonia, al Norte hacia el Harán, al Oeste hacia Damasco y la Siria, al Sudoeste hacia Egipto; por un vasto circuito habían empleado siglos en viajar desde el Eufrates al

N.º 115. Emigraciones de los Semitas.



1: 20 000 000

0 100 500 1000 Kil.

- |                  |              |               |
|------------------|--------------|---------------|
| 1. Ur en Caldea. | 4. Damasco.  | 7. Sinaí.     |
| 2. Harán.        | 5. Bercheba. | 8. Palestina. |
| 3. Palmira.      | 6. Gochen.   | 9. Babilonia. |

Nilo, y vuelto a comenzar su camino en sentido inverso, desde el Nilo al Eufrates, pasando por la península del Sinaí, el país de los Beduinos, y por el litoral de Siria, la tierra de los Cananeos. Estas impresiones sucesivas dejadas por múltiples patrias y por pueblos alejados los unos de los otros, muy diferentes por la raza y por el genio, fueron elementos de la más alta importancia en la historia de la nación en cuyo seno se elaboró la religión de todo un mundo.

La península del Sinaí, donde la leyenda transporta la promulgación solemne de la ley de los Judíos, madre de la fe de los Cris-

tianos, fué la última etapa de los fugitivos de Egipto, antes de su entrada en las tierras del Jordán, y esta áspera región, con sus formidables montañas, debió marcar profundamente su huella en la imaginación del pueblo que la recorrió. En parte alguna como allí, las cimas de granito y de pórfido, se muestran en su colorido primitivo, contrastando con la blancura de las arenas y el puro azul del cielo, ni tienen un aspecto tan grandioso, y se comprende que en todo tiempo los hombres acampados en su base hayan creído ver aparecerse dioses sobre sus radiantes cimas.

Dos mil años antes del paso de los Judíos, el Siná, en la región de influencia egipcia, estaba consagrado a una divinidad lunar<sup>1</sup>; las descripciones del *Éxodo* le hacen dirigirse al cielo como habitado por el dios del Rayo, y en todo tiempo hubo anacoretas que, huyendo del mundo, vinieron a esconderse al pie de sus escarpadas breñas. A pesar del carácter formidable de la península Sinaica, esta comarca casi inhabitable había permanecido desde tiempo inmemorial en el círculo de atracción de las naciones vecinas, gracias a sus yacimientos de cobre, relativamente pobres, pero que contenían preciosas turquesas y otros cristales; hace cerca de siete mil años que se comenzó la explotación de esas minas, abandonadas después lo menos veinte siglos<sup>2</sup>. Uno de los documentos más antiguos que poseen los sabios relativamente a la historia egipcia de las primeras edades es un estelio del rey Soziri, de la tercera dinastía, que el explorador Benedite ha descubierto en un ued de la península Sinaica<sup>3</sup>.

Las inscripciones jeroglíficas se continúan de siglo en siglo, desde las edades más remotas hasta la época en que los Hebreos huyeron de la tierra de Egipto<sup>4</sup> y no han cesado de producirse desde entonces: los peregrinos del Africa septentrional han de doblar los dos golfos de Suez y de Akabah para ir a la Meca. Cierta valle próximo al golfo de Suez, ha recibido el nombre de Ued Mokatteb ó «Torrente de la Escritura», según los innumerables grabados y dibujos que los pasajeros han dejado sobre las paredes de las rocas vueltas hacia el Norte, es decir, sumergidas en la sombra; se hubiera

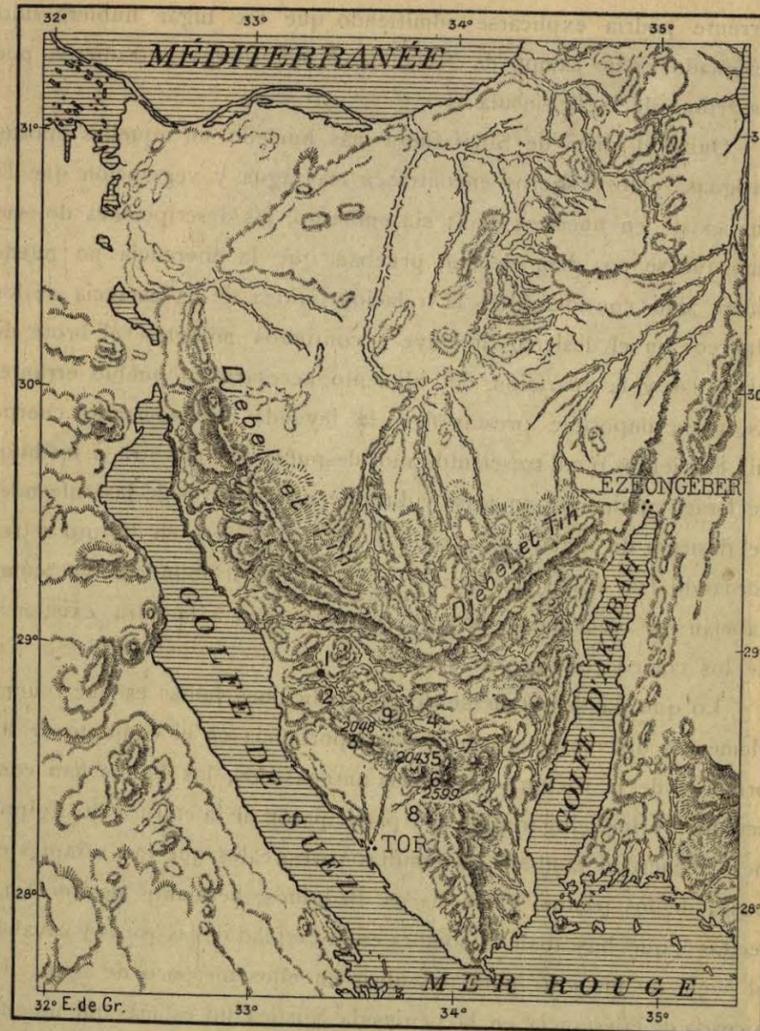
<sup>1</sup> Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 59.

<sup>2</sup> Berthelot, *Revue scientifique*, 1896, II, p. 278.

<sup>3</sup> Bonola, *Bulletin de la Société Khédivale de Géographie*, 1896, n.º 10.

<sup>4</sup> Lepsius, *Denkmäler aus Ägypten und Äthiopien*.

N.º 116. Península del Siná.



- |  |  |
|--|--|
| 1. Maghara.  | 6. Djebel Katherin, Siná tradicional.  |
| 2. Ued Mokatteb.   | 7. Djebel Monneidja «Monte de la Plática», cima donde, según los Musulmanes, Dios conversaba con Moisés. |
| 3. Djebel Serbal, Horeb de Lepsius.  | 8. Djebel Um Chomer, «Madre del Hinojo».   |
| 4. Otro Horeb de ciertos autores.  | 9. Faran Foinikon.   |
| 5. Djebel Musa (Moisés), Horeb tradicional, Convento de Santa Catalina sobre el lado Este de la montaña. |  |

arriesgado frecuentemente la muerte grabando letras sobre las rocas deslumbradoras tocadas de plano por los rayos del sol. Esa multi-

tud de inscripciones estrechadas en el reducido espacio de un solo torrente podría explicarse admitiendo que ese lugar hubiera sido designado como campo de feria á los mercaderes extranjeros por las tribus de la Península<sup>1</sup>.

Quizá el clima de Sinaí fuera más húmedo en aquellas épocas antiguas, y los viajeros encontrasen más agua y vegetación que la que existe en nuestros días; sin embargo, las descripciones de este país que se nos han dejado, prueban que la diferencia no puede haber sido considerable: la relación mítica de la estancia de los Hebreos en el desierto atribuye a continuos milagros el brote de las aguas y la aparición del alimento necesario al pueblo errante. Es, pues, imposible prestar fe á la leyenda que, tomando cuerpo mil doscientos ó mil trescientos años después, nos muestra á los hijos de Israel caminando en masa y durante años á través de las soledades del desierto de Sinaí. Convertidos en agricultores en Egipto y recordando las «ollas de carne» y las comidas abundantes<sup>2</sup>, ¿cómo habrían de acomodarse durante cuarenta años a la dura existencia de los comedores de saltamontes?

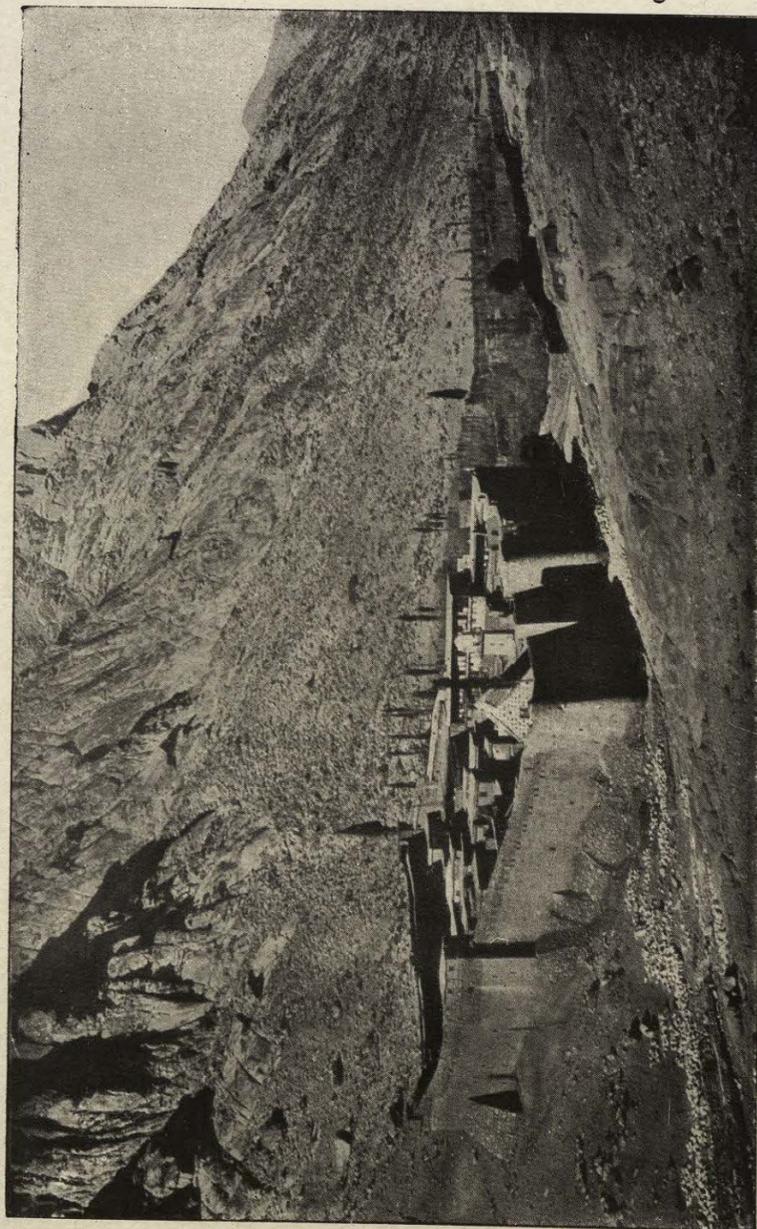
Lo que ha de retenerse de las tradiciones judías es que reúnen elementos diversos, pero de igual importancia en el conjunto de los orígenes de la nación. Entre sus antepasados, los Judíos han concedido el primer lugar a los que participaron de la cultura de Egipto, pero recuerdan también las familias patriarcales que van errantes en busca de los pastos, y los flacos Beduinos, hermanos de los Amalecitas<sup>3</sup>, que buscaban la sombra en la cavidad de las rocas y cavaban el suelo de los *uedi* para descubrir en ellos un poco de agua. La historia de la estancia en la península Sinaica no es más que un episodio amplificado del cambio de residencia de las tribus árabes que, viniendo de los diferentes puntos del horizonte, se reunieron finalmente al Oeste del Jordán.

Durante los malos tiempos, las tribus huídas de Egipto, y que probablemente se habían acantonado en las comarcas próximas del

<sup>1</sup> Palmer, *The Desert of the Exodus*.

<sup>2</sup> *Exode*, Cap. XVI, v. 3.

<sup>3</sup> Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 26.



Cl. Bonfilis.

CONVENTO DE SANTA CATALINA AL PIE DEL DJEBEL-MUSA